

Este albaceteño, cultivador del relato corto, es miembro del club de Escritura "La Biblioteca" y colaborador de varias revistas culturales, además de contar en su haber con más de una veintena de premios literarios.

Miguel Ángel Molina Jiménez

(Albacete, España)

Cuarto Accésit del III Certamen Internacional de Relato Breve sobre Vida Universitaria Universidad de Córdoba

CONVERSAZIONI CON IL MIO MAESTRO

Después de rellenar la protocolaria ficha, Fabio, uno de los bibliotecarios del Archivio Secreto Vaticano, me entregó el libro. Le di las gracias en un italiano aséptico y sin acento, más propio de los ambientes académicos donde lo había aprendido que del que se podía oír por las calles de Roma. Tras darle la espalda al mostrador de préstamo, me encaminé hacia el otro extremo de la sala de estudio, lejos de miradas indiscretas.

Tomé asiento en uno de los puestos de lectura. Después de inspirar con firmeza un par de veces, abrí el libro por la primera página y volví a leer la cita que servía de encabezamiento: "Dentro de cada corazón late todo su saber". Así era, ajeno al saber



humano durante siglos, allí se ocultaba el mayor avance científico de su tiempo. Galilei, padre del invento, no se atrevió a difundirlo por miedo al Santo Oficio. Viviani, su discípulo, tampoco. Sería yo, un sencillo doctorando a punto de concluir su tesis, quien lo hiciera. Convencido de figurar en la próxima portada de *Science* y *Nature*, alargué el dedo índice de mi mano derecha y clavé la uña, crecida y punzante, en el pellejo de la contraportada de aquel incunable.

Llevaba tiempo atascado. No sólo lo pensaba yo, Paolo De Benedictis, el director de mi tesis en la Universidad de Roma, era de la misma opinión. El catedrático fue explícito, quizás algo hiriente a mi parecer. "Su trabajo carece de originalidad, ni siquiera es exhaustivo —dijo—. Si no se aplica usted más, me veré en la obligación de suspender su tesis".

Salí de su despacho descompuesto, maldiciendo el criterio inviolable del catedrático. La calidad de mi tesis, del borrador que presenté para su valoración, había quedado en entredicho. No sólo eso, comprometía gravemente el devenir de mi periplo académico. Podía perder todo lo conseguido hasta ese momento y, lo que es peor, todo lo que me sería posible conseguir en un tiempo futuro. Quien conoce el mundo universitario sabe que éste ofrece muchas posibilidades. Aquí y allá te abre puertas, sólo hay que saber cruzarlas. Sin embargo, si alguien con suficiente poder y nombre te da con una de ellas en las narices, ya puedes recoger tu título, tus trabajos y tus publicaciones, hacer una pira con toda la formación recibida y cuando las llamas alcancen altura, tirarte dentro. De Benedictis era una de esas personas, la mayor eminencia en geometría diferencial de toda Italia, por eso su dictamen no revestía la forma de advertencia ni de amenaza. Era algo más definitivo: un ultimátum. Aquella tarde, en un

bar cercano a la estación de Termini, sumergí pesadumbre y resentimiento en ríos de cerveza. Cuando mi cartera no pudo pagar más, mis dobles y yo apuramos el último trago devolviendo el vaso a la barra con un sonoro golpe. Ante la mirada recelosa del camarero, nos conjuramos gritando: "De Benedictis se equivoca, y se lo vamos a demostrar".

Vicenzo Viviani: Teorema y Curva, así había titulado mi tesis. El trabajo, en esencia histórico-científico, trataba de ahondar en la obra del matemático italiano. La concreción de la idea, larvaria durante toda mi licenciatura de matemáticas, vino a surgir concluyendo el doctorado. Como deseaba obtener la mención Doctor Europeus, la punta de la pirámide en lo que a formación universitaria se refiere, me acogí al régimen de cotutela. Si lo hice entre mi Universidad de origen y la romana, fue por haber sido alumno Erasmus en esta última y defenderme correctamente con el idioma. En mi caso, sí que todos los caminos conducían a Roma. Y, por mi bien, esperaba que no terminaran también allí.

En un ejercicio de autocrítica, asumí que mi labor investigadora no había sido tal. Las decenas de libros, archivos y demás documentación consultados sólo sirvieron para engordar las referencias del índice bibliográfico. No había hecho otra cosa, a lo largo de toda la tesis, sino plasmar lo que otros ya hicieron antes. Al final, y muy a mi pesar, iba a tener razón De Benedictis al tachar mi trabajo de vulgar. Era doloroso reconocer un fracaso, ya se sabe que los padres son los últimos en ver los defectos de sus hijos, pero era de obligado cumplimiento admitirlo si quería salir del bosque en el me había metido y reencontrar la senda. Por suerte, Piero Guacomazzi, titular del departamento de álgebra, me echó un cable



indicándome el camino a seguir. “Hay un sitio al que deberías ir —dijo—, tal vez en sus archivos encuentres salida a tu problema”.

Fue Giovanni Pagano en persona, al mando de la Secretaría de admisión de estudiosos, quien tomó mi solicitud. Concienzudo, examinó todos y cada uno de los datos recogidos en la misma. Una vez hubo terminado, abrió el sobre lacrado que la acompañaba y se concentró en su lectura. Como San Pedro guarda las puertas del cielo, decidiendo quien entra y quien no, aquel hombre de aspecto amojamado hacía lo propio en su reducto terrenal. Restringida la entrada al personal interno, miembros de la comunidad religiosa o investigadores de reconocido prestigio, yo, que no era ninguna de las tres cosas, presentaba mi candidatura avalado por la firma de Guicomazzi. Después de leer con detenimiento mi carta de recomendación, el Secretario, con gesto amable, expidió una tarjeta de acceso. Su rúbrica y el sello pontificio, representado por dos llaves entrecruzadas bajo la tiara papal, abrían para mí las puertas del Archivo Secreto Vaticano.

Dudo mucho que sea posible cuantificar el saber contenido en un libro. Por eso, al ser consciente de la vastedad, casi infinita, de los fondos existentes en los sótanos socavados en el corazón de Ciudad del Vaticano, entendí que allí, en sus entrañas, cohabitaban a un tiempo el todo y la nada. Si era capaz de encontrar la información precisa para reactivar mi tesis, tendría el todo que me convertiría en un investigador de prestigio. De no hacerlo, la nada terminaría por engullirme, al modo que un asteroide errante desaparece aspirado por un agujero negro. Y así es como me sentí durante días en la sala de estudio del Archivo.

Las obras originales de Viviani y otros matemáticos coetáneos suyos no me aportaron nada nuevo. Mi renacer investigador no había comenzado con buen pie, no supe por dónde empezar, y sin un punto de partida rara vez se obtiene el de llegada. No hacía sino repetirme, duplicar el trabajo ya realizado. Esperaba vanamente que el papel amarillento de aquellas hojas me revelara lo que antes no habían hecho ediciones contemporáneas comentadas y de más fácil manejo.

Atrapado como seguía en aquel bucle errático, deposité la mirada en la mesa de al lado. Sobre su superficie, alguien acababa de desenrollar un pergamino albergando lo que parecía ser un esquema de árbol.

Es el mapa genealógico de Constantino I —comentó el fraile que lo manejaba.

La información me llegó envuelta en un susurro. Me avergoncé al pensar que el dominico —supe que lo era por la capa negra y el blanco de túnica, escapulario y esclavina— me dirigía la palabra para poner coto a mi curiosidad y entrometimiento. Sin embargo, el religioso no pareció molestarse y en tono afable preguntó:

—¿Le interesa la genealogía?

—No mucho —repondí.

—¿Constantino I, quizás?

La sala de estudio del Archivo Secreto Vaticano es un habitáculo rectangular, de techos altos y abovedados erigidos sobre una superficie de mármol pulido. En uno de sus lados cortos se ubica el mostrador de



préstamo. Frente a él, repartidos a ambos lados de un pasillo central, avanzan hacia el otro extremo los puestos de lectura en grupos de dos. Se podría decir que el fraile y yo éramos compañeros de pupitre.

—No, tampoco me interesa la figura de Constantino. Llevo a cabo un estudio investigador le expliqué, desarrollado a partir de la parte troncal de una idea. Fijándome en la estructura de ese dibujo, he pensado que tal vez debiera extenderlo a alguna ramificación.

El dominico guardó silencio un momento. Al cabo, dijo:

—Tendemos a quedarnos con lo más visible, con lo que tiene mayor magnitud. Despreciamos así lo de menor entidad, considerando que no tiene valor. En ocasiones es conveniente no andarse por las ramas, pero no siempre. Aunque es inamovible que del tronco surja su ramaje, también es cierto que es en la parte más alejada de aquél, en la punta de la rama, donde germinan y maduran los frutos.

Al llegar a la residencia de estudiantes, subí a mi habitación y, antes de nada, abrí la biografía de Vincenzo Viviani por un capítulo en concreto, el que hacía referencia al periodo en el que el matemático formó parte del grupo de discípulos de Galilei, el gran Galileo Galilei. Entonces, decidí colgarme de aquella rama recia y poderosa, asumiéndola como mi única tabla de salvamento. La disyuntiva era nítida: o me encaramaba a la cima del árbol o me daba el batacazo augurado por De Benedictis.

Viviani y Galilei convivieron durante tres años en la villa que éste poseía en Arcetri, cerca de Florencia. A la postre, los últimos del astrónomo. Pensé que debía centrarme en dicho espacio temporal, estableciendo la

premisa de que la transferencia de información y conocimientos, tanto del maestro a los discípulos como de éstos entre sí, tuvo que ser de una importancia y magnitud inigualable en aquel tiempo. Todo el trabajo científico del protagonista de mi tesis, a buen seguro, tuvo que estar influenciado por esta particular circunstancia. Había encontrado el cabo del ovillo, ahora sólo faltaba que tirara de él con fuerza y decisión.

Lo primero que hice fue consultar las actas del proceso inquisitorial contra el astrónomo. El Santo Oficio en aquellos tiempos no tenía más empeño que perseguir y combatir las teorías heliocéntricas de Copérnico, aquellas que defendían que era la tierra la que giraba alrededor del sol y no al contrario, como venía estableciendo el dogma cristiano. Galilei, que siempre las había secundado, más aún a partir del descubrimiento del telescopio, fue obligado a abjurar de las mismas para después ser condenado a un arresto domiciliario de por vida. En particular, me interesé por cómo pudo afectar al genio la prohibición de exponer y defender sus ideas. No es posible retener el avance de las mareas del conocimiento, así que lo más lógico era pensar que tuvo que darles salida por otros cauces. Habría que estudiar el tema, pero presentía que aquel trasvase de saber tuvo que recalar necesariamente en sus discípulos: Dino Peri, Evangelista Torricelli y el propio Vincenzo Viviani.

Durante el mes siguiente no dejé un solo día de acudir al Archivo Secreto Vaticano. Enclaustrado en su sala de estudio consulté decenas de volúmenes. Tan asidua llegó a ser mi presencia allí como la de los bibliotecarios, a quienes llegué a conocer por su nombre de pila. Uno de ellos, Fabio, un cincuentón de tez cruda y barba rala, era el encargado de informatizar las peticiones de préstamo. A él fue a quien entregué mi solici-



tud. Racconto storico della vita di Galileo Galilei, dejé por escrito en la ficha de préstamo.

—Se trata de una biografía que escribió uno de sus discípulos —dije, a modo aclaratorio, al comprobar que el bibliotecario se demoraba en la lectura del papel—. Busco una conexión entre Galilei y Viviani, alguna idea que el maestro pudiera transferir a su discípulo.

Me pareció que al bibliotecario se le contraía el gesto. Acto seguido, descolgó el teléfono para pedir a los empleados del depósito que subieran el libro. Pasados unos minutos, entró en un despacho situado a su espalda y salió con él. Al entregármelo, dijo con un murmullo casi inaudible:

—Mire en la página cien.

Según avanzaba la tarde, era habitual que el Trastevere fuera colapsándose de turistas. Cerradas las iglesias y los museos, al visitante sólo le quedaba la opción de pasear, y aquellas calles angostas e intrincadas eran el mejor lugar para hacerlo. Al llegar a la Plaza di Santa María, entré en el café donde fui citado. Como las mesas estaban repletas, fui hasta la barra a pedir un café con leche y allí esperé. No había transcurrido un minuto cuando por la puerta apareció Fabio.

Abrí el libro según la indicación: por la página cien. Al hacerlo, encontré un post-it adherido al papel. En él, previa súplica de que lo destruyera una vez leído, aparecía escrita una dirección, una hora y la palabra Viviani.

—Siento haberlo traído hasta aquí con tanto secretismo —dijo Fabio al estrecharme la mano—. En el Archivo no podemos hablar, es mejor hacerlo en un sitio como éste, donde nadie pueda relacionarnos.

Estuve tentado de no acudir, quién sabe qué intenciones movían a aquel hombre para citarme por medio de una nota. Pero la curiosidad siempre termina adelantándose a la desconfianza y la prudencia, y en mi caso esta circunstancia se convertía en crónica. Además, estaba el nombre del discípulo de Galilei flotando como un naufrago en aquel mar de misterio.

—Es acerca de lo que comentó esta mañana —prosiguió hablando el bibliotecario—. Tengo cierta información que le puede servir de gran ayuda. ¿Conoce un libro llamado *Conversazioni con il mio maestro*?

Negué con la cabeza.

—Es un compendio de reflexiones atribuidas a Galileo Galilei. No se conoce su autoría, pero existe la posibilidad de que lo escribiera Viviani.

El dato me desbocó el pulso. Tanto como para pedir al camarero que me cambiara el café por una infusión. Ya más tranquilo, seguí con atención las explicaciones del bibliotecario acerca del libro.

—Hace un par de años el libro llegó al Archivo —dijo—. No me pregunte su procedencia, nunca se nos informa de ello. Iba acompañado de un dossier en el que se recogían varias teorías sobre quién pudo redactarlo. La mayoría se decantaba por que fuera alguno de sus discípulos, aunque no había acuerdo en el nombre del mismo. Eran pocos, pero también



había quien consideraba su contenido una falsedad absoluta. El caso es que en el momento de catalogarlo, tarea a la que me dedicaba en aquella fecha, fui llamado al despacho del mismísimo Raffaele Castaldo, cardenal archivero y máxima autoridad del Archivo Secreto Vaticano. Sólo por debajo de su Santidad, claro está.

—Y eso será algo bastante inusual, me imagino —le interrumpí.

—Desde luego que sí —confirmó Fabio—. Por lo menos, a mí nunca me había ocurrido antes. Iré al grano: el cardenal me ordenó incluir el libro en un apartado del catálogo que ni tenía que ver con Galilei ni con la época e importancia del ejemplar. Comprendí de inmediato que, agrupándolo con otras obras de escaso interés, lo que se pretendía no era otra cosa que convertir la obra en invisible, y creo que es lo que ha sido desde que su autor la escribió.

—¿Ha leído el libro?— pregunté.

El bibliotecario, que había pedido una copa de vino, dio un largo trago a su bebida tras el cual, dijo:

—Tanta ocultación me empujó irremediablemente a ello. No soy ningún entendido en la materia, y prefiero que sean expertos como usted quienes realicen los juicios de valor, pero una cosa he de decirle: No me extraña que el autor tuviera que esperar a la muerte de Galilei para publicarlo, mucho menos, visto el trato que éste recibió del Santo Oficio, que se mantuviera en el anonimato. El invento que se describe, una lente capaz de alcanzar los mil aumentos, desconozco que alcance o importancia pueda tener hoy. Nulo, quizás. Pero de lo que no tengo ninguna duda es

que, en el tiempo del que procede, tuvo que ser considerado como un vómito proyectado desde lo más profundo del infierno.

Fabio había detenido su historia a un paso de la cumbre. Quise animarlo a proseguir su ascensión, pero, al ir a preguntarle cómo había sido posible fabricar semejante invención, se me adelantó diciendo:

—Acuda mañana al Archivo y rellene la solicitud de préstamo. Será mejor que lo descubra usted mismo. Ah, y recuerde que nunca hemos mantenido esta conversación. Me juego el puesto.

La uña rasgó el cuero con facilidad en sentido descendente. Recortada en punta con unas tijeras, nada tenía que envidiar a cualquier cosa que tuviera filo. El Archivo Secreto Vaticano fue concebido y estructurado como un auténtico búnker, no se me ocurrió mejor instrumento que el que me ofrecía mi propio cuerpo para superar sin sustos el arco detector de metales. Podría haber destripado el incunable directamente con los dedos, a las bravas, pero me hubiera expuesto demasiado. Si pretendía sacar de allí lo que se ocultaba dentro de la encuadernación del libro, debía actuar con discreción y cuidado.

No recuerdo haber leído nunca algo con mayor codicia. En *Conversazioni con il mio maestro*, Galilei aseguraba haber modificado la lente convexa de su telescopio hasta alcanzar la prodigiosa cifra de mil aumentos. Una serie de dibujos y cálculos parecían dar entidad al descubrimiento. Una auténtica revolución para la época, puesto que planetas minúsculos podrían observarse con la proximidad de una luna. El descubrimiento afianzaba científicamente la idea copernicana del universo, al tiempo que ponía en evidencia, una vez más, el milenarismo error de la Iglesia Católica.



Tal vez por eso, y por todo lo ya sufrido, el astrónomo, temeroso ante una segura excomunión, decidió no dar a conocer su invención, pidiéndole a uno de sus discípulos, probablemente Viviani, que se convirtiera en depositario del mismo hasta que los tiempos fueran más propicios. “Desde luego que para mí no lo podían ser más”, pensé excitado al ejecutar mi disección.

Al llegar la raja a la base de la contraportada, continué en sentido horizontal describiendo una “L”. Una vez completada, tiré del cuero para dejar al descubierto el alma del libro.

“Dentro de cada corazón late todo su saber”, pensé con regocijo. Viviani había dejado un mensaje oculto. Sencillo, evidente. Tal vez por eso pudo pasar desapercibido durante centurias. Que yo palpara el libro como si fuera el cuerpo desnudo de una amante, debió ser por una conjunción planetaria que ni el mismísimo Galileo hubiera sido capaz de predecir. Al llegar a la contraportada, noté el extraño abultamiento del que mi uña acababa de dar cuenta.

“¡Extraordinario!”, quise gritar al ver mi reflejo en la lente de cristal. Sí, la lente telescópica que ni Galilei ni Viviani se atrevieron a mostrar por estar destinada a mí; la lente que me convertiría, sin exagerar un ápice, en el primer doctorando candidato a un premio Nobel; la lente que haría postrarse de rodillas a toda la comunidad científica con De Benedictis a la cabeza. Ya lo visualizaba de rodillas, implorando mi perdón entre lágrimas y gimoteos de desesperante envidia.

Agarré la lente con suavidad, cuidando no dañarla. Tan poca presión ejercí, que se me escurrió de entre los dedos y cayó sobre la mesa. Lo

hizo de canto, para luego rodar en actitud huidiza camino del borde. Olvidando mis precauciones, me tiré encima de la mesa en su busca con gran estrépito. Los bibliotecarios, incluido Fabio, y los investigadores que escaseaban en la sala centraron entonces sus miradas perplejas en mí. Fundirme en un abrazo con toda la guardia suiza, era mi última preocupación en ese preciso momento.

Apenas pude rozar la lente con los dedos, justo antes de que ésta perdiera pie. La vi caer en un giro continuo, despidiendo destellos de luz por toda la sala. Asomado al precipicio, contemplé impotente el despeñe de mi carrera investigadora. Sólo me quedó gritar: "¡Que alguien detenga esa lente antes de que se haga añicos!".